

CAPÍTULO II.

PRESENTIMIENTOS DE COLON ACERCA DEL CARÁCTER DE LOS LUGARES QUE ACABABA DE EXPLORAR.—SU DESCUBRIMIENTO DEL ENTUMECIMIENTO ECUATORIAL.—SU CONCEPCION DE LA FORMA DE LA TIERRA.—SUS IDEAS ACERCA DEL SITIO DEL PARAÍSO TERRENAL.—POR SUS INDUCCIONES LLEGA COLON Á LA CERTEZA DE HABER ENCONTRADO UN CONTINENTE NUEVO.—SU DESCUBRIMIENTO DEL RÍO OCEÁNICO Ó GRAN CORRIENTE ECUATORIAL.—CONQUISTAS CIENTÍFICAS QUE RESULTARON DE ESE TERCER VIAJE.—LLEGADA DEL ALMIRANTE Á LA PEQUEÑA ISLA BEATA, FRENTE Á LA ESPAÑOLA.—SU HERMANO EL ADELANTADO LE SALE AL ENCUENTRO EN UNA CARABELA.

§ I.

En ninguna de sus exploraciones habia descubierto aún Cristóbal Colon fenómenos tan raros como aquellos cuyas causas se esforzaba ahora su inteligencia en comprender y penetrar. Venciendo las convulsivas contracciones de sus párpados inflamados por la oftalmia, desafiando la luz del día, dominando la pesadez del insomnio y los ardores de la gota, habia intentado, á ciertas horas, interrogar con rápida mirada aquella grandiosa naturaleza. Las cualidades del terreno, el vigor de la vegetacion, el color de los indigenas, que no eran negros como en África bajo el mismo paralelo, la suavidad de la temperatura, la viva luz del cielo, el cambio de las constelaciones, el movimiento de las aguas, la direccion de las corrientes, la abundancia del agua dulce en medio del mar, formulaban en su mente infinitas preguntas y multitud de ideas.

Por ciertos rasgos de fisonomía cósmica, incomprendibles para cualquier otro observador, habia reconocido la faz de una de las grandes divisiones geográficas del globo, y la parte más rica de uno de los principales continentes. Por sus solas inducciones de percepciones espontáneas é impresiones confusas que no hubiera podido definir, comprendia que la parte de Tierra donde se encontraba entonces, era más elevada que aquella de donde habia partido. Pareciale que habia trepado

por encima del mar como por una montaña; y aseguraba que se había aproximado á la parte más elevada del Mundo.

Esta sencilla afirmacion sobrepujaba ya cuanto de elevado tiene el genio en las enseñanzas de la ciencia contemporánea. Colon estaba en camino de un gran descubrimiento cosmográfico: el entumecimiento ecuatorial.

En su rápida memoria que dirigió á los Reyes Católicos, bajo el titulo de Relacion, dice claramente el Almirante que se cree que la Tierra es redonda; pero que por lo que él ha visto, conjetura que la Tierra no es perfectamente esférica, sino que tiene más bien la forma de una pera muy redonda (1), cuya parte pegada al pezon sería más prolongada, y que esta parte por consiguiente se halla más aproximada á los cielos. Efectivamente, el entumecimiento ecuatorial mide una altura de veintiun kilómetros próximamente, ó cinco leguas de posta (2); lo que equivale próximamente á cinco veces la altura del monte Blanco. Esta parte del globo se sumerge más profundamente en el éter.

Colon dice que Aristóteles ponía el punto más culminante de la Tierra debajo del polo antártico; que otros sabios le habían combatido, y querían al contrario que esta mayor elevacion existiera bajo el polo ártico; pero por lo tocante á él, juzga que la mayor altura del globo se halla hacia el Ecuador. Concibe y disculpa el error de sus antecesores, porque no podían tener conocimiento de las regiones que él acababa de descubrir. Declara que no emite su opinion acerca de la constitucion geodésica del otro hemisferio del globo, porque no lo ha visitado; pero tocante á este, certifica que no es redondo como una bola ó una pelota, conforme se cree, sino que está formado á manera de una pera muy redonda, excepto en el extremo donde se halla el pezon. Hasta escoge tambien otra imágen más sensible y más exacta de ese entumecimiento y del ligero cambio que debe ocasionar al conjunto de la fisonomia del globo (3).

M. de Humboldt, tantas veces copiado y citado por los biógrafos de Colon, ha criticado muy á la ligera la opinion de ese grande hombre acerca de la figura de la Tierra, bajo el supuesto que la concebía en forma de una pera, cuya comparacion acusa de extravagante y falta de gracia. Este juicio, tan acreditado desgraciadamente, peca al ménos por severo. No pudiendo designar el Almirante, para emitir con exactitud su idea, un objeto que fuera perfectamente esférico, no debía hablar ni de una naranja ni de una bola, y escogió la imágen de una pera. Obser-

(1) «Y hallé que no era redonda en la forma que escriben; salvo que es de la forma de una pera que sea toda muy redonda salvo allí donde tiene el pezon.»—*Tercer viaje de Cristóbal Colon*.—Coleccion de los viajes y descubrimientos, etc., tomo I.

(2) Humboldt, COSMOS, *Ensayo de una descripcion física del mundo*, t. I, pág. 189.

(3) «O como quien tiene una pelota redonda, y en un lugar della fuese como una teta de mujer allí puesta, y que esta parte deste pezon sea la mas alta é mas propincua al cielo.»—*Tercer viaje de Cristóbal Colon*.

vemos que no se trata de una pera oblonga ú ovalada, sino de una pera «toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezon.» Tan clara se halla en la mente de Colon la idea del entumecimiento ecuatorial, que determina el rasgo geodésico de su formacion. Dice que esta elevacion no está producida por un impetu repentino de la Tierra en aquella region. No es un accidente brusco del suelo, sino que procede de muy léjos, ocasionada por una progresion insensible; lo que es completamente exacto.

Del descubrimiento del entumecimiento ecuatorial, Colon avanza todavía más en la ciencia, porque se esfuerza en reconocer el carácter histórico de aquella region. Como si hubiese admitido el principio de la filosofia alemana: «La tierra es la profecia de la historia,» busca cuál puede ser el destino de una region tan diferente de las que él ha recorrido ó que han descrito los viajeros. Siendo aquel país el que se halla más próximo á los cielos, y por consiguiente, habiendo sido el primero que recibió los rayos del sol, se pregunta el Almirante si esta sublime elevacion, esa amenidad de temperatura no indican acaso la antigua mansion del primer hombre, ó sea el paraíso terrenal? No dice que haya encontrado el sitio donde estuviera colocado ese lugar de delicias; pero supone que en el punto culminante del entumecimiento ecuatorial debe encontrarse dicho lugar, á donde ningun hombre puede llegar, dice, sino por voluntad divina (1). Y lo que le persuade de ello es ese rio gigante cuyo volúmen inmenso no puede compararse á ninguno de los conocidos. Presume que aquel rio, bastante poderoso para endulzar el agua del mar á una distancia tan grande de la playa, es uno de los cuatro rios que salian del paraíso terrenal, de que se habla en la Sagrada Escritura.

§ II.

Dos miembros de la Academia de ciencias, en París y Berlin, se han burlado tristemente de la creencia de Colon en el paraíso terrenal. Á nosotros no nos parece que sea suficiente motivo para rebajar el mérito de ese grande hombre esa conjetura que entónces era mucho ménos infundada de lo que ahora parece. En una época en que quedaban por descubrir cerca de los dos tercios del globo, no habia cosa alguna que indicara que no se hallaría el paraíso terrenal. Colon no podía pertenecer á la escuela racionalista y naturalista de la filosofia moderna, ni aún podía adivinarla, sino que creía con fe viva é implícita cuanto enseña la

(1) «Adonde no puede llegar nadie, salvo por voluntad divina.»—*Tercer viaje de Cristóbal Colon*.

Iglesia católica. Así pues no dudaba en manera alguna de la existencia del paraíso terrenal. Colocando esta región á mayor altura de los territorios habitados por las razas humanas, parecía muy natural que aquella comarca privilegiada no hubiese sido trastornada por las aguas del Diluvio, y que hubiese permanecido intacta, como en su primer día al través de las edades. Los teólogos, los sabios de la Edad media, siguiendo las expresiones de la versión de los Setenta, suponían situado el paraíso terrenal en la parte más oriental del Asia, y siendo la Tierra firme, en concepto de Colon, el comienzo del Oriente, podía muy racionalmente pensar que hallaría las regiones cercanas del paraíso terrenal. La inducción de Colon, que no da sino como mera presunción, está, además, mejor apoyada que la opinión generalmente admitida entonces acerca del paraíso terrenal. Colon recuerda que unos lo habían colocado en las fuentes del Nilo en Etiopía, otros en las islas Afortunadas; que San Isidoro, Beda, Estrabon, el maestro de la historia escolástica, y San Ambrosio, etc., están acordes en fijarlo en Oriente (1); y en cuanto á él confiesa que jamás encontró en los escritores griegos ni latinos, ninguna indicación exacta sobre este particular; en tanto que las nuevas influencias de los cielos, de las aguas, de la tierra, la elevación y el río sin igual le parecen conformes con la opinión más digna de aquel lugar de delicias.

Después de Colon, un viajero célebre, Américo Vespucci, pensaba también que el paraíso terrenal estaba colocado en aquella región. Dice que debe encontrarse en aquellos países, si existe alguno en este mundo: «Se nel mondo é alcun paradiso terrestre.» Ninguno de los historiadores españoles coetáneos encontró asunto de chanza en la conjetura de Cristóbal Colon; sino que al contrario discutieron muy formalmente esta idea Gomara, Herrera, Delrío, Acosta, Casaneo y Maluenda. El gran jurisconsulto de las Indias, Solorzano, dice que, considerando la serenidad de aquella región, la suavidad de su temperatura, su perpétua primavera, si no se le da el nombre de paraíso terrenal, se le debe dar á lo ménos el de jardín de Delicias, de valle de Tempe, de Campos Eliseos, etc. (2). Washington Irving se ha demostrado aquí más justo que Humboldt: «Sabios hay, dice, que en el silencio y la tranquilidad del estudio, sobre todo ahora en que la ciencia no aventura nada y se apoya en hechos positivos, pueden reírse de esos sueños; pero estaban confirmados por las conjeturas de los filósofos más eruditos de la época (3).»

(1) «Algunos le ponían allí donde son las fuentes del Nilo en Etiopía..., algunos gentiles quisieron decir por argumentos, que el era en las islas fortunatas que son las Canarias, etc. San Isidoro y Beda y Strabo, y el maestro de la historia escolástica y san Ambrosio y Scoto, y todos los sanos teólogos conciertan que el Paraíso terrenal es en el Oriente.»—*Tercer viaje de Cristóbal Colon.*—*Ibidem.*

(2) «Todavía no se puede negar que considerada la templanza, y casi perpétua primavera de las más de estas provincias, merezcan sino el nombre de Paraíso, el de huerto de deleite ó las alabanzas del Tempe, Campos Eliseos, etc...»—Solorzano y Pereyra, *Política indiana*, lib. I, cap. iv, § 4.

(3) Washington Irving. *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, lib. X, cap. iv.

Sea cual fuere el error de Colon con respecto al paraíso terrenal, lo ingenioso de sus inducciones compensaba ámpliamente la inexactitud de sus datos. De lo que él había descubierto no podían sacarse deducciones más vastas que las suyas. Sus juicios acerca de las cosas presentes ó aparentes, aunque todavía desconocidas, están siempre apoyados en hechos cosmográficos y consideraciones profundas.

Viendo una masa tan grande de agua dulce producida por un río, infiere Colon que, si aquel río no desciende del paraíso terrenal, tiene necesariamente un curso muy largo; por consiguiente, debe provenir de una tierra inmensa, situada al Mediódía, y acerca de la cual no se han tenido todavía ninguna clase de noticias. Navarrete se vé obligado á decir que, «aquella reflexión persuadió al Almirante de que aquella tierra, era la Tierra firme.» También, que por la cualidad del agua del mar, había reconocido la cantidad de agua dulce del río que no veía; por el poder del río, había juzgado de su curso; por su curso, de la extensión de la tierra; y por esta extensión, apreciado el carácter geográfico del suelo. Por consiguiente, aquello no podía ser una isla: era, pues, un Continente.

Nosotros decimos más. Á contar de aquel momento, conoció Colon que había tocado una tierra acerca de la cual no tenía Europa la menor noticia (1). Luego, no creía ya estar en Asia, sino en un Continente enteramente desconocido hasta entonces.

Colon acababa de señalar el Nuevo Mundo.

De la misma manera que por la cualidad del agua había adivinado el carácter de la tierra, así también por el movimiento de las olas había adivinado una de las leyes generales del Globo: el gran río del Océano ó corriente ecuatorial. Afirmaba que las aguas del mar se mueven como los Cielos, de Oriente á Occidente (2), que es lo contrario al movimiento de la tierra, de Occidente á Oriente. Afirmaba también que en aquel sitio meridional la marcha del río pelágico era acelerada; porque el mismo día de Nuestra Señora de agosto, fiesta de la patrona de los mares, entre la hora de la misa y la de las completas, se había hecho un camino de sesenta y cuatro leguas marinas con el sólo auxilio de una suave brisa. Á ese rápido movimiento atribuía él la dislocación de la isla de la Trinidad, que antiguamente formaba parte del Continente, y el estado actual de muchísimas islas. En apoyo de su opinión, alegaba la configuración general de las islas del mar Caraibe: orientadas todas en el mismo sentido; uniformemente ensanchadas del Poniente al Levante, y del Noroeste al Sudeste; estrechas al contrario del Norte al

(1) «Y creo esta tierra que agora mandaron descubrir Vuestras Altezas sea grandísima; y haya otras muchas en el Austro de que jamás se hobo noticia.»

(2) «Muy conocido tengo que las aguas de la mar llevan su curso de Oriente á Occidente con los cielos.»—*Tercer viaje de Cristóbal Colon.*